

Los norteamericanos no se preguntan quiénes ni cómo son: actúan su ser, simplemente. La historia se encarga de definirlos. «Argentinos, a las cosas», recomendó alguna vez Ortega Gombrowicz dice algo similar, aconsejando actuar y no obedecer a los esquemas. Oler las flores con la nariz, no con la inteligencia. Programar menos, amar más lo imprevisible. Por hacer lo contrario, la cultura argentina tiene una carga excesiva y falsamente intelectual, le falta contacto con la vida, cuyas dificultades cree haber superado científicamente. En el otro extremo de su realidad, el intelectual argentino vive demasiado bien y es demasiado latino y sociable como para ser revolucionario. La síntesis entre su cuestionamiento mental y su conformismo real es el auge del psicoanálisis.

Lo que pierde al arte argentino es precisamente ese deseo de mostrarse a la altura mundial. «La principal preocupación de esos artistas no es expresar sus propios sufrimientos y pasiones, descubrir las verdades, influir en la vida, sino escribir una novela *a nivel europeo* y darse a conocer en París». El ejemplo más ilustre de esta actitud lo ve Gombrowicz en Borges, a quien juzga con severidad: «Esa metafísica fantástica es retorcida, estéril, aburrida y, en el fondo, poco original». Creo que Borges habría agradecido el elogio, así como la equívoca fama que Gombrowicz ya percibía a su alrededor en los años cincuenta, la fama de un escritor más venerado que leído, más alzado como un estandarte sacralizado por París que considerado una experiencia deleitable.

La conclusión de Gombrowicz es lapidaria: el arte argentino es poco argentino por carencia de vitalidad y poco europeo por imitación servil. Más parece hecho en la Luna que en la Tierra.

Socialmente, la Argentina es un país democrático, pero no de una democracia racional e institucional, sino debida a la casualidad y a la naturaleza de esta gente que oculta su identidad, incluida su identidad social. Los argentinos parecen pertenecer todos a la misma clase social: gastan los mismos vocablos y cigarrillos, se endomingan igual y participan de la misma devoción nacional, el fútbol, que ha dejado de ser un deporte para convertirse en un espectáculo ritual. Las estrellas del balompié son como los generales triunfadores de las guerras en las que no participaron los argentinos. Así se uniformiza esta sociedad en que los pobres son confianzudos y tratan a los ricos de igual a igual, para lo que basta concurrir a un restaurante de lujo y advertir el vínculo que existe entre el camarero y el cliente.

La igualación externa pasa por el cuidado proverbial del argentino respecto a su ropa y su arreglo. A Huret le llamaba la atención el brillo de los zapatos. A Gombrowicz, el atildamiento de las mujeres, que se observa cuando se visten para salir a la calle o cuando se desnudan en una playa (pensemos en la desnudez sudamericana de los años cincuenta, todo hay que decirlo). La argentina va por la acera, hermosa y remilgada como una muñeca, sin mirar a nadie. De aspecto frágil y pasivo, no parece tener intereses intelectuales, políticos ni artísticos. En cambio, al igual que las mujeres del Sur de Europa, es dominante y decisiva en la intimidad doméstica, pues en la casa se borra su impersonalidad y se convierte en el auténtico sexo fuerte.

No obstante estas improntas tan rígidas, Gombrowicz advierte cierta flexibilización de las cosas. Su índice es el auge de la filosofía existencial en la Argentina de su tiempo. El existencialismo es, precisamente, una reacción contra la abstracción y a la distancia

que el discurso filosófico racionalista pone frente a la vida. De este modo, el pensamiento, apartado por principio de la vida, se aniquila o se paraliza, impotente, ante el devenir. El existencialismo concibe la vida como un tren nocturno en el que todos viajamos hacia un futuro cierto pero impenetrable. La existencia se rebela contra la teoría y el pensamiento crea al hombre que, a su vez, lo produce.

Gombrowicz acertó en eso de que los argentinos marchaban por la noche sin saber hacia dónde. Faltó añadir que la noche no estaba sólo en su futuro, sino ya, en su presente.

Frecuentador de ambientes de alta burguesía, el escritor polaco debió sentirse intimidado por el dinero que lo rodeaba y que no le pertenecía. Ello le llevó a exagerar sus rasgos de aristocratismo, haciéndose pasar frecuentemente por conde y presumiendo de sus amistades nobiliarias. Era, en este sentido, plenamente esnob. Quizá traía de Polonia esta caracterización, pero debió acentuarse, sin duda, en la Argentina, país aluvional y plebeyo. Esto explica la frecuencia con que cita a Proust, tal vez sin ser un lector proustiano especialmente agudo ni habitual, apenas por la coincidencia entre dos esnobs perdidos en un mundo ajeno a sus estirpes e igualmente presumidos de su importancia literaria. «Destruir, aniquilar un salón resulta imposible» razona Gombrowicz comentando a Proust, «porque un salón expulsa inmediatamente a todos los que no pertenecen a él». Quizá le ocurrió esto en el mundo de los intelectuales cosmopolitas de Buenos Aires. Expulsado del salón, Gombrowicz fue a dar al café y a la estación de trenes de Retiro, pródiga de marineros y conscriptos.

Allí encuentra el exiliado el mundo de la verdadera aristocracia argentina, la nobleza de la juventud hermosa, distinguida sin buscar distinción, frente a la clase alta, que intenta serlo y resulta afectada y fea. Un doble lenguaje (el ritual y exterior, el auténtico e íntimo) subraya esta dicotomía doble: lo que está arriba es lo bajo y viceversa. Ajena a las jerarquías, esta profunda subversión proviene de que la Argentina, como sociedad joven, no ha incorporado la forma que caracteriza a la cultura europea. En América todo permanece joven porque muere joven, sin cristalizar ni conformarse. Y en esa amorfa espontaneidad reside su encanto, al menos para la mirada cansina del europeo al cual Europa expulsó de su secular regazo.

Desenvuelto, desacomplejado, genial sin adjetivos, el joven argentino es como una protesta jubilosa de la vida contra la mecanización de la cultura. Tiende a la facilidad, ignora lo que cuesta elaborar una cultura perdurable. Acaso no tiene el proyecto de perdurar, sino de desaparecer, confiado en un renacer cíclico, cercano a la naturaleza. «Este es un país todavía *no poblado* y carente de dramatismo.»

Gombrowicz, como individuo, siente que la Argentina lo rejuvenece. No ha vivido aquí, ningún escenario o paisaje le recuerda su pasado. Puede cancelarlo e identificarse con los muchachos de la plaza Retiro, que se convierte en uno de sus mitos argentinos y en la clave de su conflictiva homosexualidad. Como parte de una raza antigua (por la longitud de su memoria y por la crisis destructiva de la guerra, quizá del apocalipsis histórico) ve en América el continente primaveral, donde los europeos se rejuvenecen como colectivo. Ya Waldo Frank había tocado el tópico. Frank, amigo de Victoria Ocampo y tan ligado a la Argentina que Gombrowicz detestaba desde su marginación y su esnobismo adverso al esnobismo del salón porteño.

La Argentina gombrowiciana es la del pueblo anónimo, esa savia que todo lo digiere y lo disuelve como un amnios primario y omnipotente. Es, si se quiere, la madre. Por encima, la literatura argentina le interesa poco y nada, la encuentra de una falsa y atildada madurez, temerosa de la vida, inflada y algo megalómana. Exactamente como la polaca. De ahí que la Argentina sea un doble espejo para el emigrado: amable por debajo y abominable por arriba. Una madre querible y un padre detestable. A ver si los psicoanalistas logran peinar esta crencha.

En otros aspectos, es interesante observar que la Argentina concreta le interesa muy débilmente. Hay descripciones de paisajes y noticias sobre la colonia polaca, así como acerca de personalidades de la cultura porteña. Pero sobre el país político, económico, «cotidiano» no hay nada. Entre 1953 y 1956 ocurrieron graves sucesos: la crisis y caída del peronismo, con el bombardeo a Plaza de Mayo (16 de junio de 1955) y la llamada «Revolución Libertadora», la posterior aparición de sectores nacionalistas y liberales en el gobierno militar y la sustitución del presidente Lonardi por el general Aramburu. Gombrowicz no se entera.

Las ediciones de la ilustre casa Alianza, exhiben, en este aspecto, un gravísimo defecto: no contienen una mísera nota sobre temas y personas de Argentina, siendo que todo el diario ocurre allí, y, por contra, se ocupan de anotar los correspondientes polacos. El lector español no puede saber lo que Gombrowicz refiere ni, menos, lo que calla. Hay cierta indiferencia por el costado sudamericano de estos textos que no puede sino molestar al lector en general y al ultramarino, en particular.

Tenemos un desfile en que aparecen: Juan Eichler (pintor polaco radicado en Argentina que logró una felicísima síntesis de la óptica *naïve* centroeuropea y la imaginería del suburbio porteño pobre), el teatro Fray Mocho (importante formación independiente de izquierdas, muy activa en los años 50 y 60), el teatro Colón (uno de los mayores de ópera del mundo), Virgilio Piñera y Humberto Rodríguez Tomeu (escritores cubanos residentes en Argentina, directivos de la revista *Ciclón* y vinculados a los medios culturales porteños), Teodelina Alvear y Cecilia Bénédict (señoras de buena sociedad y animadoras de salones culteranos), el grupo Madí (vanguardia en pintura de posguerra), el pintor Antonio Berni y diversos escritores como Conrado Nalé Roxlo (aparece citado por su seudónimo satírico de Chamico), Ernesto Sábato, César Fernández Moreno, Manuel Gálvez, Arturo Capdevila, Roger Pla, Octavio Rivas Rooney, René Lafleur, Carlos Mastronardi, Victoria y Silvina Ocampo, Borges, Bioy Casares, Adolfo Fernández de Obieta (hijo de Macedonio Fernández). Son nombres de importancia variable pero todos merecen ser situados. Entre ellos, los que hicieron posible la traducción de *Ferdydurke* al español, Piñera y Obieta en primer lugar. De esto, el lector español no sabe nada, y resulta ser sustancial para la biografía intelectual de Gombrowicz, registrada en sus diarios pero, como ocurre en este tipo de textos, a medias. El editor debe cumplir con el resto, por medio de anotaciones oportunas.

Antes apunté el carácter de espejo que la «doble» Argentina tuvo para Gombrowicz. Ahora señalo el parecido de este espejo con el otro, el originario, el que se cuelga al fondo de la recámara oscura de la memoria: Polonia. A menudo, las cosas y las gentes argentinas con las que se identifica el escritor son proyecciones de su intimidad polaca sobre la superficie de los fenómenos sudamericanos. Cuando dice: «No seremos una